



NUM. 29. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 18 DE JULIO DE 1869.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO XIII

REVISTA DE LA SEMANA.



uestra prolongada crisis ministerial se resolvió al cabo entrando en el gobierno representantes del elemento democrático. Al sentarse en el banco azul los nuevos señores ministros, la montaña roja lanzó sus rayos como era de esperar, preguntando al señor presidente del Consejo, si

el cambio de personas implicaba cambio de política. Con este motivo hubo interesantes combates singulares en los que rompieron lanzas oradores notables de la minoría republicana y se amonestaron recíprocamente los opuestos bandos respecto á la marcha política futura, conviniéndose ambos enemigos en llevar en una mano la bandera de la libertad, y en la otra un hacha para romper, destruir y aniquilar los manejos contra el orden existente. A juzgar por este celo mutuo, el orden está de enhorabuena y tenemos amplias garantías de conservación de lo existente, pues cada campo tiene sus Argos de centinela que no se quitan ojo por cuanto hay en el mundo. Sólo sería de desear que el hacha supra-dicha, hoy al parecer de hierro destructor, se trasformase en hacha luminosa que llaman antorcha los poetas, y con estas dos luces podríamos explorar senderos nuevos y caminos desusados que nos sacasen del borrador de nuestra pobreza y atraso, al limpio de la prosperidad y del progreso.

No parece de tan fácil salida la situación laberíntica á que ha venido á parar tras de diez y ocho años el vecino imperio. El centro izquierdo, como prefiere llamarse la nueva y formidable oposicion, producto de las últimas elecciones generales, no se anda por las

ramas ni emplea antifaces ni rodeos. Quiere nada menos que el emperador *reine y no gobierne*: que la máquina formidable construida á fuerza de supremos esfuerzos por el gran ingeniero Bonaparte, se convierta en un mecanismo de gobierno constitucional, ó sobre ello, morena. Dura cosa debe ser para el *fac-totum* imperial ir soltando de la mano todos los hilos que hábilmente habia ido recogiendo; pero la necesidad tiene cara de herege, como dice el vulgo, y eso de ver una oposicion á pique de convertirse en mayoría, compuesta de oradores escaldados por el fuego del 2 de diciembre, y deseosos de hablar despues de diez y ocho años de silencio, es un espectáculo que pondria en ascuas al mismo Carlomagno. La existencia del imperio está puesta en tela de juicio. ¿Va á descender Napoleon al rango insignificante de un monarca constitucional tras de tantas fatigas, cálculos y pujos de autocracia? ¿Va á resistir al que parece voto general de la nacion francesa? Hé aquí la gravísima cuestion puesta sobre el tapete en la nacion vecina.

Pero no llegará la sangre al Sena. Los grandes políticos tienen siempre salidas oportunas y maneras hábiles para caer de pies. Si algunos caen de cabeza serán sus satélites y celosos servidores. Cuando no ha disuelto la Asamblea, es seguro que se plegará á las exigencias de los diputados, manifestándoles que, en efecto, se necesitaba dar mayor grado de expansion política y accion administrativa y fiscalizadora al noble pueblo de la sensata Francia, sino que no podia haberse con su *alter ego* Mr. Rouher, hombre premioso y testarudo.

Mientras los debates continúan por extremo animados y ofreciendo cada día una *nouveauté* en el orden político y parlamentario, no dejan los franceses de sacar fuerzas y ánimo para todo, incluso el romperse las costillas con todas las reglas de la etiqueta y el decoro, como ha sucedido recientemente en el décimo cuarto desafío de la estacion. Los bailes y recepciones se menudean, y no se descuida el huésped de las Tullerías en sentar á su mesa á los representantes del pueblo más tratables, por ver si el *Château-Lafitte* ó la viuda *Clicquot* pueden acabar de ablandar la entereza de sus convicciones, y aun hay quien dice que se nota al día siguiente en la cámara el influjo que hace sobre ciertos organismos flacos la fortaleza de un imperial banquete.

Por lo demás el mundo elegante en todas sus diversas categorías se prepara este año á *faire le Canal* como en otros á *faire la Suisse*. Agrégase al esplendor de las fiestas la presencia del Sultan, que vá á mostrarse á los egipcios en toda la brillantez de su omnipotencia.

En Inglaterra no ocupan las cuestiones políticas la atencion del momento; pero en cambio se agita un negocio de importancia suma para la nacion en general, cual es la adquisicion por el gobierno de todas las líneas telegráficas, cuyo coste será setecientos millones de reales. Con este traspaso y monopolio gubernamental resultan para el público varias ventajas considerables que no era posible ofrecer al interés privado, ejemplo que debe tenerse muy presente cuando se trata de los bienes y males de la centralizacion administrativa y de la accion individual. Cuando un gobierno rechaza la fiscalizacion de los subordinados, dicho se está que no hay peor cosa que la centralizacion; pero es muy distinto el caso tratándose de gobiernos populares con prensa libre, que es lo que sucede en Inglaterra. Lo cierto es que los periódicos republicanos y los órganos mas radicales son los que mas aplauden el pensamiento de sacar las líneas telegráficas de manos de los particulares y ponerlas en las del gobierno. Desde luego se incluirán en la red de comunicacion instantánea gran número de pequeñas poblaciones que se hallaban aisladas, se duplicará el número de las estaciones y se reducirá el precio de los despachos. Esto, que no lo habia podido hacer el interés privado, lo puede hacer el gobierno, acrecentando sin embargo los productos. Tales son los gobiernos que verdaderamente merecen el nombre de paternales.

En Alemania ha entrado la política en nueva constelacion desde la ausencia indefinida del conde de Bismark, retirado á su quinta de Barzin de la cual hemos ofrecido un grabado en uno de los números de *El Museo*. Los que hoy la dirigen no son, ni pueden ser con mucho, de la talla del atrevido diplomático, tan rápido en sus concepciones como veloz en la ejecucion. Asi es que por ahora disminuye grandemente el interés de las noticias de esos reinos.

Las de Italia nada tienen de políticas ni civiles, puesto que en Florencia ocupa la atencion el famoso cuanto feo negocio del tabaco, y en Roma preocupa el ánimo la sorpresa hecha á una sociedad de hábiles fal-

sificadores de billetes del banco romano y de monedas de oro italianas y francesas, que instalados en una casa de campo fuera de la puerta San Paolo, habian estado explotando esta industria desde setiembre del pasado año.

Tambien en España debe ser muy provechosa esta ocupacion y andar muy seguro, cuando tantas monedas falsas corren actualmente. Si se restableciera la antigua pena de cortar la mano en público á los que así se apoderan de lo ajeno, bien seguro es que no se hallaria una moneda falsa para un remedio.

La opinion pública en los Estados-Unidos sigue afirmándose en contra del tratado Johnson-Clarendon, y frecuentes meetings se celebran en que se admite la disyuntiva de una composicion honrosa ó la guerra con los ingleses. Tanto pueden insistir, que vengan á las manos los pacíficos bretones, porque pensar que paguen las centas del Gran Capitan que les presentó Sumner es pensar que los asnos vuelen.

Es muy curiosa la diversidad de opiniones acerca de los efectos de la abolicion de la esclavitud, consignadas en documentos oficiales de cónsules ingleses en aquel territorio. El de Savaunah comunica al ministro de estado de Inglaterra, que la situacion agrícola de Georgia es precaria y miserable desde la abolicion; que el negro libre interpreta la libertad por exencion del trabajo; que siendo inútiles, indisciplinables y perezosos, la raza se extinguirá probablemente. El de Nueva-Orleans por el contrario, informa que hay pocos plantadores en el Sur que quieran volver al sistema antiguo, aunque pudiesen valerse de esclavos, y que el trabajo libre no sólo es mas productivo, sino que va mejorando la condicion moral y social del negro. ¿A quién creeremos?

Una de las grandes ventajas de la conclusion del camino de hierro del Pacifico es favorecer la inmigracion de chinos en los estados de América, que ya desde 1867 era muy notable. Parece que se ha formado una asociacion de eminentes hombres políticos para fomentarla y extenderla hasta los estados orientales de América, en donde una casa ha enviado ya agentes para contratar nada menos que 50,000 habitantes del celeste imperio, destinados á trabajar en los estados del Sur. Tambien se trata de ampliar la inmigracion á mujeres chinas, de las cuales han llegado ya el mes anterior á California sobre unas 1,250. En punto á trabajo han adquirido los chinos gran concepto en esa misma empresa del camino de hierro, cuyo extremo de California fue obra de sus manos, compitiendo con los trabajadores americanos é irlandeses, y llevándose la palma sobre los blancos, no sólo en buen orden y moralidad, sino en actividad y diligencia. Dícese que el hecho de haberse colocado en un sólo dia diez millas de rails asombró á los empresarios é ingenieros.

Del Japon hay noticias muy interesantes, como que nos relatan los cambios fundamentales que se están verificando en su constitucion. ¿Quién podría imaginarse que se hablara de parlamento, de constitucion y de libertades en territorios donde siempre dominaron despotas? Hoy, sin embargo, se reunen los nobles en concilio para establecer la constitucion futura del estado, bajo la presion de la opinion pública que anhela destruir los privilegios y derechos de los Daimios ó príncipes independientes, y concentrar los poderes naval, militar y civil en el Mikado ó emperador. Sólo de esta manera se abrirá todo el territorio al comercio exterior y se consolidará el gobierno japonés dividido por la existencia de tantos principillos que lo debilitaban é introducian la confusion y la desconfianza. Entre los artículos del reglamento de la cámara popular que se abrió á mediados de abril último, hay uno que prohíbe la peroracion improvisada.

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

Se está imprimiendo el reglamento de la *Asociacion del clero católico español*, precedida de una invitacion que la junta interina é iniciadora hace á todos sus hermanos en el ministerio.

La aplicacion de los metales, interior y exteriormente, á los enfermos, es un sistema novísimo inventado por el doctor Burg, que ya se habia hecho famoso por su metalo-terapéutica en casos de cólera. Actualmente prosigue este doctor sus experiencias con gran éxito en el hospital Lariboisiere; en donde ha aplicado á algunos enfermos sujetos á jaquecas, palpitaciones y neuralgias pectorales, pedazos de hojas ó panes de oro, que puestos sobre la piel han producido eficaces sensaciones de calor.

La exposicion internacional de Obras de Arte que ha de celebrarse en Munich, se abrirá el dia 20 de julio, y casi todas las naciones de Europa estarán allí representadas. El Austria es la que hasta ahora envia mayor número, puesto que asciende á 327 objetos. Despues la sigue Italia con 25, Bélgica con 95, París con 60, Holanda con 53 y Suiza é Inglaterra con 19. De España no se habla en la lista que hemos visto, lo que da lugar á suponer que no enviamos objeto alguno.

RECUERDOS DE ITALIA.

La noche venia sobre nosotros en el momento en que atravesábamos la campiña de Pádua dirigiéndonos á Venecia. El cielo estaba nublado, y á intervalos, entre los nubarrones, lucian algunos pedazos serenos, de extraordinaria limpidez, en los cuales nadaban las primeras estrellas de la tarde. Pero en el borde del horizonte, hácia la estremidad Norte, del lado de las montañas, las nubes relampagueaban; mientras en el otro borde, hácia la estremidad Sur, del lado del mar, franjas de púrpura formadas por los vapores del lago y los últimos destellos del dia daban tinte cobrizo á los objetos, fantásticas apariencias á la naturaleza, como si la region que íbamos á visitar quisiese satisfacer todos nuestros deseos y premiar todos nuestros amores por ella, revelándose entre los misterios del más sublime de los crepúsculos. Sin embargo mi impaciencia era infinita. Observaba que la vegetacion se extinguia, que comenzaban canales desecados, llenos de lodo, sobre cuyos bordes crecian tristemente algunas plantas marinas; pero por más que sacaba de mi wagon la cabeza para mirar al punto final de nuestra carrera, no veia ni la soñada laguna ni la querida ciudad, como si huyeran á mi anhelo, y se esquivaran á mi deseo. Tengo tal idea de la fragilidad de esa hermosa Venecia, combatida de continuo por los vientos y las aguas, que temia pudiera desaparecer antes de serme permitido verla, y se encerrara en la concha marina en que nació, como un milagro vivo de la historia humana.

Siempre recordaré el dia en que por vez primera ví la Alhambra. Corrí á buscarla, sin guia, sin ningun compañero, deseando un coloquio á solas, como todos los coloquios de amor, con la maga del Oriente perdida en nuestras montañas. Yo atravesé una puerta que no recuerdo porque apenas la advertí. Yo ví á la izquierda una magnífica fuente del Renacimiento; que no respondia en nada ni á mi deseo ni á mi idea. Yo me perdí en las soberbias alamedas mecidas por el viento matinal, iluminadas por el espléndido sol de Granada, que deslizando á duras penas sus rayos entre el follaje formaba en el suelo como un arabesco de luz y de sombras. Yo ví aquella magnífica puerta judiciaria, inclinada sobre una cuesta, y en cuya arquitectura el árabe, sin perder su gracia, ha tomado toda la solemnidad del gótico. Yo entré creyendo encontrar en pos de aquella puerta el palacio. No estaba; sólo ví una plaza de armas y un altar de la Edad Media ante el cual ardia una lámpara. En torno mio se desplegaba una larga fila de torreones; en medio de la gran plaza un palacio del siglo XVI, bellissimo, pero en pugna con todo cuanto yo soñaba; y á lo lejos, sobre una colina sembrada de laureles, dibujaba sus miradores semejantes á blancos minaretes el oriental Generalife. Yo buscaba la Alhambra, el palacio, la mágica gruta de estalactitas empapada en los fuertes colores asiáticos, donde se extinguieron, como odaliscas, en el placer, á fines del siglo XV, los que vinieron como leones á la conquista á principios del siglo VIII. Pero ninguna de las numerosas puertas á que llamé, era la puerta de la Alhambra. Temia que un genio, una hechicera, de las que la magia de la Edad Media ha dejado en los bosques, bien diferentes por cierto de las hermosísimas diosas con que los pobló la clásica antigüedad; hubiera robado en aquella misma noche la Alhambra continuamente amenazada de muerte, para burlarse de mi anhelo. Nacemos y vivimos tan desgraciados, que nos parece mentira el cumplimiento de un deseo, mentira la realizacion de una esperanza, como si una triste esperiencia nos hubiera enseñado que sólomente es en el mundo verdad el dolor.

Así, en aquel momento, yo dudaba de la proximidad de Venecia ó temia que Venecia hubiera desaparecido para mí. Al fin nos paramos en Mestres, á las puertas de la gran laguna veneciana. El aire nos trasmitia el coro de sus campanas, que tocaban el *Angellus* y que nos recordaban la emocion sublime de Byron, cuando una tarde, creyó ver al conjuro de esos mismos ecos, por los bordes del horizonte, deslizándose sobre las aguas, como las estrellas del cielo, á la Madre del Verbo, calzada por la luna, y con la misteriosa blanca paloma batiendo las alas sobre la frente en aquella hora sublime de la creacion y del amor. Era verdad que iba á ver á Venecia. ¡Cuántas veces, en las largas horas de las noches de invierno, para pasar la uniforme velada de los pueblos, mi madre, que amaba mucho las letras, me habia contado misteriosas historias venecianas á la usanza de principios del siglo, la decapitacion de Marino Faliero, el destierro del jóven Foscarelli, el heroísmo inmortal de Dandolo, la salvaje pasion de Otelo, el esplendor de sus banquetes inmortalizados por Pablo Veronés, los depósitos del Dux con las aguas de los mares en la góndola recamada de brocados y movida por remos de oro, la tristeza infinita del último de sus magistrados, cuando se desmayó al firmar el protocolo que entregaba su patria al austriaco, por un criminal error de Napoleon, todas estas sencillas narraciones, medio históricas, medio legendarias, en que siempre se dibujaban algunos espías ó algunos calabozos para inspirar el terror trágico; algunas sesiones del Consejo de los Diez para sostener el interés

dramático, y alguna enseñanza moral para fortificar estas dos ideas á cuyo culto no renunciaré nunca: la libertad y la patria.

Despues, levantándome por una de esas transiciones tan naturales á otros recuerdos, veia en mi mente la Venecia histórica, aquellos nobles hijos de la antigua civilizacion, sacerdotes de sus últimos lares, cortejo fúnebre de sus últimos dias, que, vencieron á la fatalidad, salvándose en las inhabitables lagunas de las irrupciones de Atila, y sus feroces hunnos, para conservar en una ciudad misteriosa, única, anclada como una nave á las puertas de Grecia, sus libertades clásicas, que los llevaron á luchar con las olas cuando la sociedad se perdía en los claustros; á extender el trabajo y el comercio como una redencion cuando en los terrores del siglo décimo los brazos más fuertes caian desmayados aguardando el fin del mundo como una necesidad y el juicio universal como un castigo; y por último, á reunir y atesorar en sus muelles, en sus canales, en sus palacios cincelados por todos los prodigios de la arquitectura en sus monumentos públicos, singulares por la magestad y por la belleza, decorados por una fiesta continua de colores y de matices, en sus trofeos de mármoles y bronce, los restos de tres civilizaciones perdidas en una serie de infinitos naufragios; siendo así Venecia asiática y griega, romana y bizantina, nunca germánica, la sintesis de tres edades mayores de la historia, la piedra preciosa del anillo nupcial con que se desposaron el Oriente, el mundo de los misterios, y la tierra de la nueva vida, de la nueva civilizacion.

Y como no es posible renunciar ni á la nacion ni á la raza á que pertenecemos, yo, español, sentia en aquel momento agolparse á mi memoria los recuerdos históricos de los servicios prestados á la civilizacion por Venecia y España, unidas en una memorable cruzada marítima. Un dia la media luna llegó hasta Constantinopla. Los bizantinos, los griegos, cayeron uncs en pos de otros bajo la cimitarra de los turcos, cuyo filo brillaba siniestramente sobre Venecia. Sus islas iban á ser cautivas; sus hijos remeros en las galeras del turco, el Mediterráneo, el mar de la civilizacion, un lago de los serrallos orientales. Pero las naves de Barcelona, de Valencia de Cádiz, de las ciudades españolas, se unieron con las naves de Génova y de Venecia y marcharon á detener el turco, y consiguieron aquella insigne victoria de Lepanto, en que las olas se ensangrentaron hasta enrojecerse, é hirvieron bajo el fuego de los cañones; pero en que el fatalismo retrocedió en su carrera devastadora ante la fuerza y la civilizacion de Occidente.

(Se continuará.)

EMILIO CASTELAR.

PROCESO DEL ESPIRITISMO.

Estos se dividen en legos y en facultativos entendiéndose por los últimos los hombres de ciencia, que desde la aparicion de esta escuela no han dejado de combatirla, de manera que si bien entre los adeptos hay hombres ilustrados, especialmente de los que á la profesion de las leyes se dedican, aun se está hoy dia el espiritismo á la puerta de las academias y universidades, con los autos de sus evocaciones y los anales de su historia, según ellos, antiquísima, pidiendo plaza y entrada en la galería de los sistemas religioso-filosóficos y regeneradores de la especie humana. Si por fe viva adelantan y hacen su camino los apostolados, el del espiritismo no carece en verdad de esta virtud, pues no se acobarda al ver en frente los claustros de doctores, ni deja de responder á las objeciones que se le hacen, ni de provocar la controversia con los incrédulos en todos los terrenos: con los ciegos corporales ó disputantes empíricos, en las sesiones de los centros espiritistas; y con los ciegos del alma en los libros y en las columnas de sus periódicos propagandistas. Y como quiera que su profesion es tan contraria á las creencias generales hasta hoy admitidas y que en el fondo de la cuestion andan espíritus, no se puede evitar que haya en las disputas cierta semejanza con las objeciones y respuestas que con motivo de la caballería andante y de los encantadores se hacen y deshacen por los personajes de la gran novela del príncipe de nuestros ingenios.

En medio del gran movimiento científico, un tanto materialista que caracteriza al siglo XIX, y cuando Newton y otros sabios creian haber hecho tabla rasa en la conciencia humana de todos los resabios y tradiciones de preter-naturalismo, revelaciones, apariciones, influjos é intervenciones de demonios, ángeles, genios, espíritus, duendes, brujerías y hechicerías, se presenta erguida esta nueva secta afirmando nuevas comunicaciones misteriosas con el mundo invisible, no ya privilegiadas, no ya limitadas á un sacerdocio ilustrado é influyente, sino extensivas á cualquier individuo de la especie humana, y derivadas nada menos que de un sistema cosmogónico-teológico-filosófico, que pugna por establecer su supremacia sobre los sistemas conocidos como dirimidor de contiendas y defensor de dificultades hasta ahora insolubles é incon-

trastables, porque el espiritismo pretende nada menos que dar idea nueva de Dios, explicar la creacion, y esclarecer los fenómenos y accidentes históricos del espíritu humano.

Los hombres de ciencia, que ven con cuanta facilidad se abre camino en las muchedumbres este sistema, preguntan ¿de dónde habeis venido los espiritistas? ¿No se descubre por ventura en el moderno *Medium* el antiguo charlatan tártaro, y la continuacion de los innumerables impostores que la fria razon y la experiencia han condenado al ludibrio? ¿No recuerdan las sesiones de los centros espiritistas las que Cagliostro celebraba en París, y sus comunicaciones con los espíritus las relaciones familiares que el charlatan Schreffer tenía en Leipzig con legiones de demonios? ¿No ofrecen los anales de los ilusos y fanáticos en todo género de creencias? ¿No ofrece la historia misma de la inquisición ejemplos abundantes de supuestas comunicaciones con ángeles y diablos? ¿Qué es el espiritismo sino la continuacion de estas debilidades de la flaca naturaleza, que pudiesen curarse con alimentos confortativos y un régimen de vida activa?

Y la escuela espiritista responde: por más que alceis el grito contra los *Mediums*, vosotros mismos lo sois sin saberlo. Hombre habrá que truena contra las evocaciones; cuando millones de espíritus están deseando comunicarse con él por poca voluntad que tenga de oír sus inspiraciones, sentir sus apelaciones y fijarse con atención en sus manifestaciones.

¿De dónde hemos venido? De muy lejos. Abrid la historia y vereis que el espiritismo ha existido desde los primeros tiempos, sólo que á los espíritus se les ha dado diversos nombres. En unos pueblos los han llamado divinidades; en otros, genios; en unos, ángeles; en otros, diablos. ¿Quién era el que hablaba á Eva en el paraíso para tentarla? Un espíritu que tomaba cuerpo en la serpiente. ¿Qué eran las apariciones y revelaciones de los patriarcas? espiritismo puro, comunicacion con los espíritus. El primer *medium* fue Saul que evocó el espíritu de Samuel y habló con él como nosotros departimos hoy con cualquiera de los espíritus de nuestros hermanos que en el mundo fueron. ¿Por quién hablaban los oráculos de Delfos y las sibilas y los augures de la antigüedad? Por espíritus á quienes evocaban y respondían á su llamamiento. ¿No tenía Sócrates un espíritu familiar con quien hablaba y consultaba? ¿Qué eran los magos y los astrólogos y los hechiceros y las brujas de la edad media sino pruebas evidentes de que la humanidad creyó siempre en la existencia de espíritus solícitos que están á nuestra devoción y mandato cuando los requerimos para que se manifiesten? Y sobre todo: ¿quién puede decir que no haya sentido inspiraciones extrañas, impulsos inexplicables, ruidos incomprensibles, y otras infinitas maneras que de manifestarse tienen los espíritus?

A lo de charlatanería y sueño, calificativos con que los sabios pretenden rechazar esta escuela, responden los espiritistas: ¡Charlatanería! En verdad que no nos coge de nuevo. Todas las grandes doctrinas han sido calificadas por el estilo á su aparicion. Charlatanería pareció al principio la opinion de Galileo: charlatanería se dijo que era la invencion del vapor, y sueño lo de navegar por el espacio y correr en ferro-carril. Todas las grandes invenciones tropiezan con esta incredulidad de parte de los sabios mismos. ¿Qué nos dirán que no hayan dicho á doctrinas é innovaciones aceptadas despues con júbilo?

Pues pasemos á otro género de argumentos en que los sabios creen hallar un ariete infalible de destruccion del espiritismo.

Dicen los espiritistas, que hay espíritus músicos, poetas, mecánicos y de tantas habilidades y cualidades como son en efecto las almas de los que han vivido, y responden á las evocaciones nuestras. Un espiritista, por ejemplo, quiere hacer una poesía é invoca el espíritu del Dante, de Ariosto, de Garcilaso, de Petrarca, de Rioja ó de Herrera. Quiere componer música y probablemente invocará los espíritus de Allegri, Palestrina, Haydn, Mozart ó Beethoven. Invócalo, en efecto, y hecha la conjuncion misteriosa, resulta una composicion música ó poética, en opinion de los centros cosa maravillosa, verdadera obra de ángeles.

Aquí de los sabios. Vengan esas composiciones, exclaman: fórmese un jurado de literatos que las examinen, si son poesías; ó pídase el parecer, si son filarmónicas, á Verdi, Gounod, Auber y otros maestros afamados.

Acerca de esto, ignoro lo que hayan respondido los espiritistas; pero si hay *mediums* que produzcan de esta clase de composiciones medianas ó malas, no se morderán la lengua para responder, que pudo muy bien acudir al llamamiento, en vez de los espíritus de esos grandes genios, algun espíritu de un poeta ó músico mediano, porque no están allí los espíritus de primera tijera para servir al primero que los llame, ó bien pueden estar ocupados en otras sesiones y en comunicacion con otros seres vivos: ó bien puede carecer el *medium* de la simpatía necesaria para que responda á su evocacion tal ó cual espíritu: que si del Santo y divino se dijo, que *sopla donde quiere*, lo mismo sucede con las almas de los que vivieron aquí abajo, y si el *medium* es hombre malo, tendrá á su obediencia

espíritus malos, porque es dogma de esta escuela que los espíritus se unen en favor de sus simpatías y en razon del grado de su elevacion. Asi es, que un músico de una murga evocará á Mozart en vano, mientras que es posible y tal vez cierto que Rossini, Gounod, Meyerbeer y tantos otros fueron inspirados por los espíritus de los maestros anteriores.

Y véase aquí á los sabios desalojados de su gran trinchera, porque si la presentacion de una obra mala hecha por un *medium*, quieren convertirla en argumento contra la real comunicacion de los espíritus, lo que hacen es confirmar enteramente la doctrina espiritista que les contesta que la inspiracion se da con razon y medida á quien la merece. No hay, pues, mas diferencia en este gran problema, sino que los sabios creen que Mozart y Rossini, por ejemplo, compusieron sus obras por obra suya propia y exclusiva, mientras que los espiritistas dirán que las compusieron ayudados de los espíritus de sus antepasados en el arte, ó que fueron incarnaciones vivas de esos mismos espíritus, y sáquenlos ahora de este firme y seguro atrinchamiento.

(Se continuará.)

ZALD.

BIOGRAFIA.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

(CONCLUSION.)

El obispo de Arras, despues cardenal Granvela, dos veces conferenció con don Diego Hurtado de Mendoza para explorar sus designios pero inútilmente. Otras tres el secretario don Francisco de Eraso con el mismo fin é igual suceso.

El obispo, en nombre de Carlos V, le preguntó al cabo, qué pensaba decir á su monarca. «No es costumbre de hidalgos en España, respondió don Diego, confesar lo que tienen que decir á su rey.» Por espacio de varios dias solicitó en vano una audiencia del Emperador. Cansado de estas delaciones, y mal sufrido con tal desprecio, envió á decir á su príncipe que pues él se tenía por agraviado, lo oyese como rey de España ó nombrase un consejo que lo oyese como emperador de Alemania.

Carlos V no tuvo mas medio que otorgarle la audiencia tan deseada y temida.

Don Diego, con dignidad y en frases respetuosas al par que enérgicas, pedia que si en algo hubiese faltado á su deber, por corto que fuese, queria ser severamente castigado, por lo cual hacia como caballero pleito homenaje al emperador de acudir á su llamamiento para recibir el castigo cuando quisiese, y aun poner en el repostero su cabeza para entregarla al verdugo. Pero si todo como él tenía la conciencia de ser asi, era obra de sus émulos, pedia al emperador que volviese por su honra de suerte que él no tuviese necesidad de volver por ella.

Carlos V respondió que cumplía á su servicio que la embajada de Roma estuviese á cargo de otra persona: que en Italia no tenía puesto que darle conforme á su categoría: que las imputaciones que se habian hecho contra él, unas eran notoriamente falsas y otras habian perdido su fuerza, pues los mismos que las hicieran se habian retractado de ellas.

Replicó don Diego que él pensaba que el emperador quedaba y quedaria siempre su deudor por los servicios prestados: que si S. M. tenía por falsas las imputaciones, tanto mas motivo habia para quejarse del proceder de su soberano, pues lo condenaba sólo á intercesion de sus émulos: que en lo que al príncipe tocaba, por haberle querido agradecer conocidamente, no le quedaba á él mas arbitrio, y hallándose impotente, para apelar al arbitrio de las mujeres, que es quejarse, pero que siempre lo haria como buen vasallo y fiel, en cuyo linaje jamás hubo traidor ni enemigo á su rey. En cuanto á sus émulos, el emperador estaba obligado á darle una satisfaccion ó á decirle quiénes eran los calumniadores, pues habiendo S. M. dicho antes que las imputaciones habian sido falsas, lo estaba tratando como si fueran verdades. En lo que pertenecía á su honra, el emperador le habia sacado de su poder y entregado al vulgo: que por favor le sacase de él, honrándolo cual convenia á quien era.

Carlos V, compelido por tan enérgicos argumentos, le prometió cuidar de su reputacion y acrecentamiento, y que de ambas cosas hablase con el obispo de Arras. «En cuanto á la reputacion, que es lo que yo en algo tengo, dijo don Diego, nada tiene el obispo que hacer; en cuanto á lo demás, si algo tiene S. M. que mandar, que el obispo venga á hablar conmigo.»

«De buena gana asi se hará,» fueron las palabras con que Carlos V puso fin á esta audiencia, y de la humillacion estuvo de parte del monarca, y toda la nobleza y toda la energía de parte del súbdito ofendido.

El obispo de Arras se presentó luego á ofrecerle en nombre del emperador 1,000 ducados de renta. «Yo no acostumbro á arrendar mi honra por precio,» fue la respuesta del ilustré caballero.

En varias ocasiones intentaron el obispo y el secretario Eraso que admitiese una pension. No era esto sin duda lo que deseaba don Diego sino un cargo público; mas al fin aceptó 7,000 ducados que el emperador habia mandado rebajarle en una cuenta de los gastos de Italia, y á mas 3,000 de ayuda de costa.

Besó las manos al emperador por estas mercedes, pues con ellas creia que el vulgo se habia de satisfacer en cuanto á su honra y se dirigió á España, no sin escribir antes á Felipe II, príncipe entonces, dándole cuenta de todo lo ocurrido, y solicitando entrar en su servicio. Tal término tuvo el valimiento de don Diego de Mendoza con el César Carlos V. Siempre lo creyó don Diego duradero. Su ánimo fuerte no podia comprender que hubiese poder bastante para alterar el ánimo benévolo y la gravedad de su príncipe. No sospecha vaivenes el soberbio risco y de soplos suaves se inquieta la hoja.

No favoreció mucho á don Diego en el ánimo del príncipe don Felipe la manifestacion de lo ocurrido. Tratábase de su progenitor ilustre, el primero en las conquistas, el sin segundo en el esfuerzo, que habia perpetuado su nombre á la posteridad en los inmortales caracteres de la historia, siendo su mayor elogio para las de su siglo, el que no podia ser mas grande. Don Diego Hurtado de Mendoza creia todo lícito como hombre que habia pasado por el exámen de la fidelidad y por el crisol de los trabajos padecidos en el desvelo continuo del bien público. Su espíritu noblemente presuntuoso, juzgaba proceder rectamente; pero el carácter receloso de Felipe mal podia dispensar mercedes á un súbdito que hablaba de su príncipe con una libertad malamente consentida.

Hallóse con Felipe II en la famosa victoria de San Quintín. Regresó á España, pero jamás volvió á ocupar cargos de la importancia que habia tenido. Entre tantos como continuamente acompañan con sus quejas el carro de la fortuna, don Diego Hurtado de Mendoza no fue el postrimero. Procedian con error en el juicio de su persona. Todavía le atribuian en los últimos años de su vida los errores de sus años floridos. Sin embargo, no estuvo alejado de la corte. Felipe II le manifestaba algun afecto, pero afecto que seguramente no pasaba de aquella cantidad que basta para no aborrecer.

Sucedió en esto una tragedia misteriosa en el palacio de Felipe II: la reclusion del desdichado príncipe don Carlos por su padre, y más tarde la prematura muerte de este jóven en la prision misma. En aquellos momentos de terror un don Diego de Leyva ofendió á don Diego Hurtado de Mendoza más que con la razon con la descortesía. Tenia entonces este unos sesenta y cuatro años: las canas lo llamaban viejo, pero la lozanía de su corazon le decia que era jóven. Su alma fogosa devolvió insulto por insulto en los labios y en los ojos. Más aun, sin cuidarse de que estaba en palacio, empuñó su puñal, llave con que cerrar los labios de su ofensor y sepultar para siempre en él su agravio.

Procuraron varios caballeros impedir aquel esceso: las espadas de Leyva y de Mendoza se desnudaron. Felipe II estaba reposando en su cámara. Al estruendo levántase, toma una espada y acude al lugar hácia donde habia escuchado las voces y el estrépito de las cuchillas. Imagina que es un tumulto popular para romper la prision de su hijo, y sale por la puerta de los sarros para cortar con su presencia la sedicion. Huyeron los dos caballeros y tomaron asilo en una iglesia. De allí los mandó sacar el rey, ofendido doblemente del desacato; en aquella ocasion de tristeza don Diego de Mendoza fue llevado á la Mota del marqués, don Diego de Leyva á Simancas. Mediaron personas importantes para que el castigo fuera menor de lo que el rey quizá habia pensado. Dióse á entrambos una orden de destierro para la Goleta al año siguiente del suceso; pero pronto se conmutó esta pena mandándolos ir á servir en la guerra que los moriscos habian levantado en el reino de Granada.

Con efecto, don Diego de Mendoza se halló presente á mucha parte de ella, pero en su destierro siguió cultivando las letras á que tan aficionado habia sido siempre.

Muy jóven habia escrito sin nombre de autor la ingeniosa *vida de Lazarillo de Tormes*, tan conocida en toda Europa.

Sus canciones del gusto antiguo, son excelentes, no asi los sonetos y otras poesías escritas en versos tandecantados, donde se ve alguna dureza y poco estro.

Habia escrito además dos cartas burlasas al capitán Salazar, autor de una malísima historia de la derrota de los sajones por Carlos V. Asi alcanzó nombre por la autoridad del que la habia vituperado, una obra que por sí misma y por su autor merecia estar en eterno olvido.

Desde Granada dirigia cartas al príncipe de Évoli, Rui Gomez de Silva, quejándose del mal orden que se seguia en los asuntos de la guerra. Hizo más aun: sabiendo que los venecianos procuraban ligarse con Felipe II para combatir al turco, procuró impedirlo con sus consejos. «No dejarán de solicitar al rey que les ayude y esto será para hacer más ventajosamente su paz, etc.» decia Hurtado de Mendoza. Tras la victoria

de Lepanto eso mismo hicieron los venecianos: abandonar á Felipe, tratar la paz con el turco, y dejarlo empeñado y sólo en la guerra.

En Granada juntó muchos códices arábigos don Diego. A los cuatro años de su destierro, procuró volver á la corte, procuró volver á la corte. La ocasión se le presentaba propicia. Felipe II deseaba adquirir muchos y buenos libros para formar la biblioteca del monasterio del Escorial. Don Diego mandó juntar los suyos en Alcalá de Henares con objeto de legarlos al rey. Felipe, lisonjeado por este presente, y queriendo al propio tiempo no ceder en la sentencia que le había impuesto de destierro perpetuo de la corte, le mandó venir á ella sólo con el pretexto de tratar de las cuentas del tiempo en que gobernó los asuntos de Italia.

En ese tiempo comunicaba don Diego noticias al célebre cronista de Aragon y Gerónimo de Zurita, solicitando que al darlas lo citase en ellas, con el fin de immortalizarse en sus escritos, rasgo de modestia bien notable en un hombre de sus prendas.

Correspondióse por medio de cartas con la ilustre española Santa Teresa de Jesus, noble espíritu que puesta la mira en el cielo se hallaba como la nave en calma con las velas estendidas en el puerto esperando la hora de la partida. Sólo faltaba que un ángel descendiese, á dar con el aire de sus alas, un soplo á las velas de la nave que anhelaba partir.

Hasta entonces habian corrido á mares las misericordias divinas en torno de don Diego, y ni el ruido de las olas habia llegado á sus oidos.

En abril de 1575 estaba escribiendo don Diego la historia de la guerra de Granada, obra que aunque pequeña por el asunto, es notable por la valentia de los juicios, la viveza de las pinturas, el galano y enér-

gico decir y por las felices imitaciones de los dos eminentes maestros de la antigüedad Salustio y Tácito.

Cortó la muerte la pluma, no porque escribiendo corriese, sino para que la obra totalmente cesase. La obra incorrecta y falta está clamando que su autor mu-

rió escribiendo y escribiendo se puede decir que espiró, pues su muerte fue soltar la pluma para tomar un crucifijo.

Una enfermedad en una pierna, se mostró tan rebelde que para tentar la salvacion de su vida fue menester cortársela; confesó antes de la operacion y al empezar ésta llamó á su confesor y le dijo estas palabras: «Padre Ovando: estad á mi lado y abrazaos á mí y vamos diciendo el Credo en compañía á los golpes de los hierros, porque el dolor de cada corte me tome con alguna palabra de él en la boca [y no me salga de ella acaso algun despecho por quejido con el dolor intenso.]»

Muchas personas notables se hallaron á tan triste acto: el almirante de Aragon y el famoso secretario de Estado Antonio Perez. De estas palabras y de la muerte de don Diego Hurtado de Mendoza decia Antonio Perez que habia tomado ejemplo para los golpes de fortuna que cada dia iba recibiendo. Asi acabó sus dias aquel ilustre historiador y caballero, uno de los hombres más eminentes que España ha tenido, grande en todos conceptos y merecedor de la fama que lo acompañó hasta el sepulcro y que vive á pesar de los siglos trascurridos.

ADOLFO DE CASTRO.

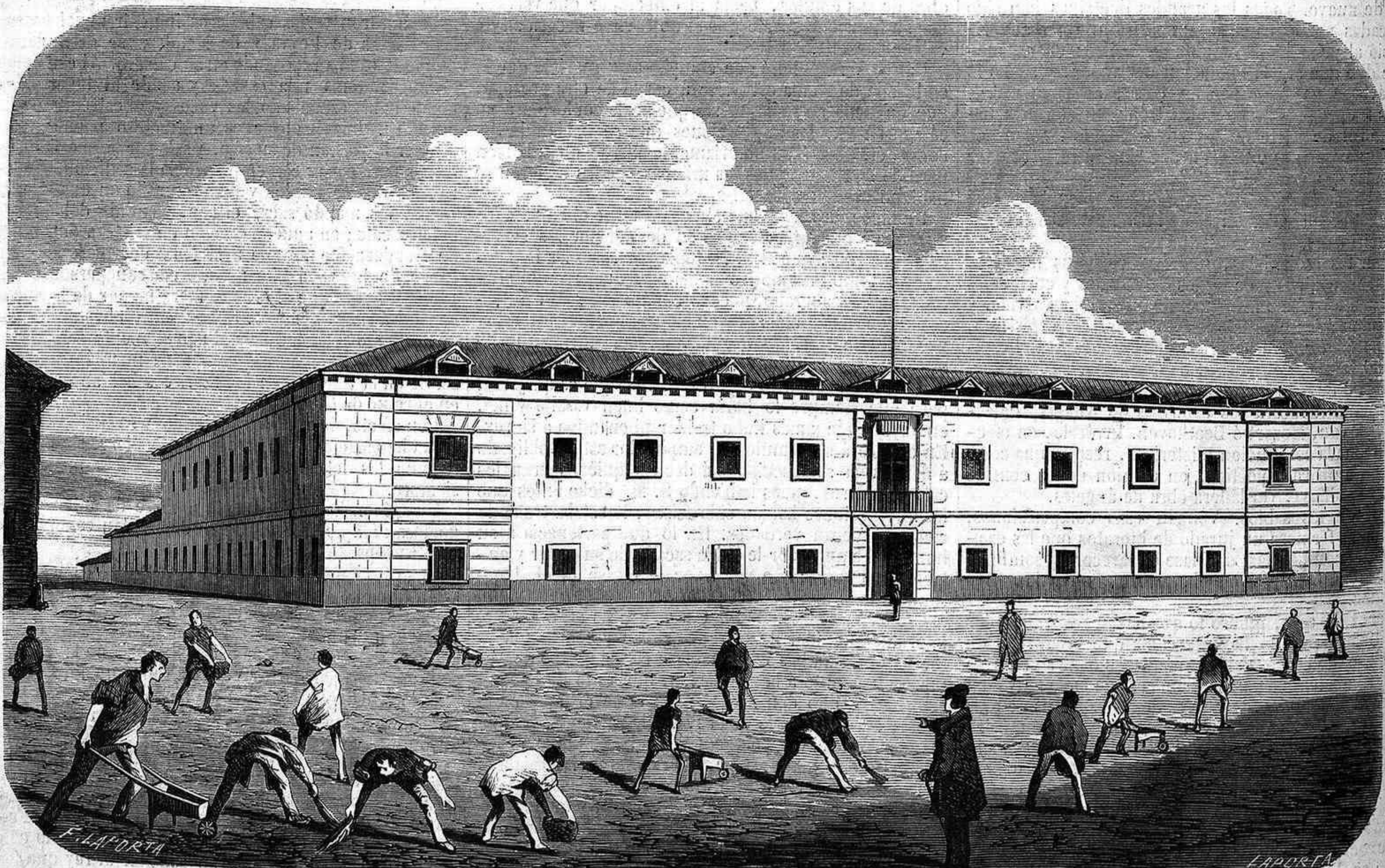


MORENO BENITEZ.

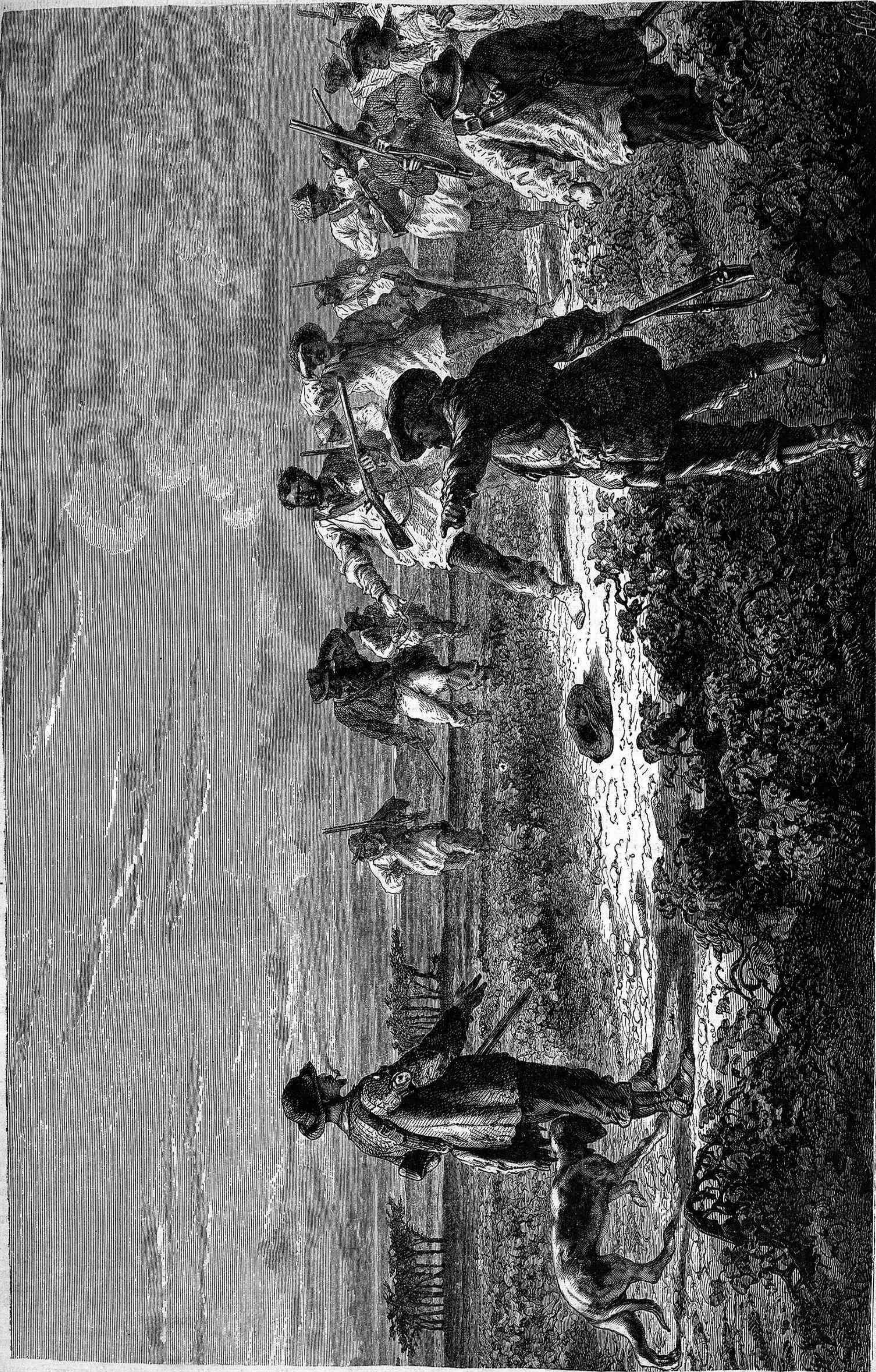
EL TAHUR.

(ESTUDIO DE COSTUMBRES)

Si es cierto que las autoridades se encuentran en la imprecindible obligacion de estirpar de la sociedad todos los vástagos podridos que la infestan, no lo es ménos que todos los que formamos parte de la misma sociedad tenemos la de enseñarnos unos á otros y señalarlos aquellos escollos en que con facilidad pode-



ASILO DE POBRES EN EL PARDO.



UNA PARTIDA DE CAZADORES HACIENDO FRENTE A LA AUTORIDAD.

mos caer. El tipo que me propongo presentar á mis lectores es un tipo tan especialmente gráfico, que con dificultad se podrá equivocarse con ningun otro.

Se divide en varias especies.

Existe el tatur de las afueras, el de las plazas, el de las casas de juego y el de la alta sociedad: si fuera á describir las tretas y enredos de que cada cual en su esfera se vale para lograr su objeto, que no es otro que cubrir sus necesidades, necesitaría un volumen interminable y yo no me encuentro con deseos de escribirle ni mis lectores con la paciencia de leerlo.

La especie del tatur de las afueras se subdivide en varias subclases y variedades: pocos serán de mis lectores aquellos que si han tenido la ocurrencia de bañarse en el Manzanares no hayan tropezado con el bollero que *rifa á un siete* todos los bollos de su cesta.

Este tatur es un infeliz y todas sus aspiraciones se reducen á favorecer á algun parroquiano que en vez de dos cuartos por la suerte ha dado cuatro: de modo que por muy poco dinero este tatur ejecuta sus *ventajas*.

Le sigue en categoria el de *las tres cartas*; este ya *trabaja*, segun su expresion, con mas finura y delicadeza, pero necesita un *gancho*, especie de ayudante que sirve de cebo á los incautos.

El *gancho* es al tatur lo que la sombra al cuerpo, no puede existir sin aquel.

El *gancho* necesita, segun se decide por el tatur de las afueras ó del interior, dar á su persona la apariencia de su clase; es decir, que el *gancho* de las afueras viste al estilo de los barrios bajos y el del interior cree vestir como las personas decentes: ya nos ocuparemos de estos: por ahora quedémonos en la Ronda.

Si mi lector quiere estudiar mi tipo, lo hará con facilidad; si es observador, no tiene más que salir al medio dia en el invierno, ó á la caída de la tarde en el verano por las inmediaciones de la Plaza de Toros, puente de Segovia ó pradera del Canal, y allí verá prodigios de prestidigitacion al aire libre y sin más aparato que los estériles campos que rodean á la que fue corte de las Españas.

Hace pocos dias fui testigo de una escena que es la que me ha hecho tomar la pluma y la que voy á intentar describir á mis lectores.

En uno de los puntos indicados paseaba yo como de costumbre, sólo, cuando un grupo de tres personas, una de ellas sentada en el suelo, me llamó la atencion.

A mi llegada me lanzó una mirada escudriñadora el que estaba sentado, y á su movimiento volvieron los que estaban de pie sus ojos hácia mí.

El que sentado se encontraba aprovechó aquel momento, y con la rapidez del relámpago cambió una de tres mugrientas cartas que vueltas del revés estaban en el suelo.

Al vuelo cogí el siguiente diálogo:

—Dos duros van, decia el del suelo, y nadie sabe dónde está el tres de oros.

—Uno llevo á que lo acierto, dijo uno de los que estaban de pie y que por su aire demostraba ser forastero y arriero.

—Cuatro duros, dijo el otro que estaba en pie, dando una expresiva guiñada al forastero.

—Van cuatro duros, dijo el del suelo, y metió mano al bolsillo.

Levantó una carta el que apostó y efectivamente era el tres de oros.

Cobró su dinero y sin contarle y casi sin verlo se lo echó al bolsillo y el del suelo continuó su operacion.

—El tres de oros, dijo, el tres de oros, nadie sabe adónde está el tres de oros.

—Diez duros á que sí, dijo el no forastero.

—Van, dijo el tatur.

—¿Lleva usted algo? dijo al que no habia jugado aun el que acababa de ganar.

—Sí señor, la mitad, respondió.

—Entonces vaya una onza, ¿eh?

—Sí, lo que usted quiera, y desenredando su faja empezó á escudriñar entre sus escondrijos y sacó sus ciento sesenta reales.

—Levante usted una carta, dijo el que habia ganado la primera vez.

—No, respondió el forastero, usted tiene mejor mano que yo y lo debe hacer ahora tan bien como antes.

—No, pruebe usted.

El forastero se bajó, levantó una carta, y para cerciorarse que no era el tres de oro tuvo necesidad de restregarse los ojos.

El tatur entre tanto recogió el dinero que estaba delante de él y dijo:

—¡Los de órden público! echando á correr y desapareciendo de nuestros ojos con facilidad.

Cuando me volví vi al forastero mirando á todas partes y no sólo no vi los de órden público, sino que tampoco al que habia ganado cuatro duros levantando el tres de oros.

El forastero miró tristemente al suelo y se alejó suspirando del sitio donde acababa de perder miserablemente, tal vez sus ganancias de un mes.

Yo me alejé de allí pensando en lo que acababa de presenciar y dos horas más tarde encontré juntos al que habia ganado los cuatro duros y al que habia ganado los diez y seis.

¿Han comprendido mis lectores? El *gancho* en esta ocasion no tiene necesidad de grandes estudios, sino de un poco de sin vergüenza y falta de pudor para desplumar á los incautos y poder salir del dia.

Los ocho duros que habia perdido el forastero se partirian entre los dos perillanes y celebrarian el suceso de aquel dia echando á su salud algunos tragos de lo tinto de la tierra.

El tatur de los garitos ya es más *decente*.

No crean por esto mis lectores que quiera yo decir con esto que pertenezca á otra clase ni que haya recibido educacion; es el mismo de las afueras, que ha podido comprarse una gruesa cadena de oro, un reloj de relumbron, doce ó catorce diamantes que lleva prendidos en los sitios más visibles de su camisa y una levita escandalosamente hecha.

El tatur de garitos, tiene todo su prurito en ir de moda y se compra cada quince dias un sombrero y unas botas de charol, aquel muy reluciente y estas muy bordadas de blanco.

Figuraos la cara de un hombre desprendido de la horca, bajo un sombrero ladeado, anchas patillas ó bigote á medio crecer, un cuello de camisa sujeto por un par de botones con piedras, una corbata sostenida por un anillo de oro y diamantes y abierta en forma de pabellon para dejar al descubierto una pechera en la cual lucen un par de custodias, su chaleco de colores abigarrados y sobre el cual serpentea una cadena como una soga y un sin fin de diges, un pantalon de lagarto y unas botas de charol con geroglíficos blancos y tendreis una idea aproximada del tipo que me propongo describir.

Sus estudios graves y profundos se reducen á *tirar la combina* con la baraja, y á dar *el salto* á la que *está en puerta*, es decir, á robar el dinero á los incautos que tienen el vicio de jugar al monte y que son desplumados sin compasion con todas las reglas del arte.

Estos *juegos*, plaga de la sociedad, carcoma de las poblaciones populosas, abundan que es un portento y se multiplican de tal manera que quizá no está lejos el dia que tanto hayan crecido y sean en tal número, que no pudiendo explotar á nadie se exploten á sí mismos y vayan á terminar sus estudios á Ceuta ó otra universidad donde les cambien las cadenas por otras más pesadas aunque no tan ricas y los relucientes sombreros por los gorros uniformes del presidiario.

Los *ganchos* de estos señores son otra cosa, necesitan un olfato especial y un golpe de vista privilegiado.

El *gancho*, propiamente dicho, no conoce la familia ni la amistad.

Como no sabe quiénes han sido sus padres, ignora hasta su nombre y se contenta con su apodo.

Su habitacion nadie la sabe porque quizá se muda todos los dias.

La comida la tiene preparada en todos los figones de Madrid y en todos ellos tiene crédito.

Aunque esté durmiendo si suena el ruido de una moneda abre los ojos azorado y su olfato le guia al sitio donde ha sonado.

Rara vez se equivoca.

Seguramente distingue entre cincuenta personas á la que ha tenido la desgracia de meter la mano en el bolsillo y hacer sonar sus monedas.

Tiene el corazon, como vulgarmente se dice, con pelos.

Incapaz de una buena accion, no guarda rencor al que se las hace malas.

No conoce el agradecimiento.

Le espanta la miseria, no la suya, sino la de los demás, porque vive con el dinero de todos.

La primera cosa que pregunta cuando oye hablar de algun desconocido, es esta:

—¿Tiene dinero?

En estas dos palabras se encierra toda la filosofia de su alma.

¿Tiene dinero? Significa para el *gancho* que es fácil extraérselo del bolsillo á quien lo posee.

¿Cómo? Ese es el quid, pero se ingeniará, él tocará todos los resortes que le preste su imaginacion, que no son pocos, él encontrará despues una respuesta para en el caso de haberse equivocado; de la raza de las zorras, sin haber leído á Esopo, parodiará aquella fábula de las uvas.

Por la mañana temprano pulula por las estaciones de los caminos de hierro observando á todos los que descenden de los coches; se ingenia de manera que siempre acompaña á algun pobre del recién llegado que se deja acompañar de estos miserables: es una presa suya y puede contar que la conversacion le cuesta cara.

Algunas veces, son las menos, el *gancho* ve llegar la noche y no ha podido *encerrar* á nadie y entonces son los apuros.

De nada le sirve haber tenido en su bolsillo el dia antes una cantidad respetable, la ha jugado y la ha perdido.

Mientras ha tenido dinero no se ha acordado ni de comer ni de fumar, el dia que viene malo tampoco come ni fuma, pero echa de menos entrambas cosas y tiene que apelar al crédito y hacer sus tres comidas de una vez á una hora intempestiva.

El dormir no le apura, para estos seres la revolucion de setiembre ha creado multitud de albergues, donde pasan la noche á las mil maravillas; las casas de juego que tanto abundan en Madrid les prestan un asiento donde recostar sus espaldas, y como ellos no necesitan dormir, segun dicen, mas tiempo que el que tarda en caer un sombrero que se eche al alto, de aquí que pasen la noche como potentados en una silla.

Pero nos hemos separado del objeto principal de este artículo y debemos volver á él.

Una de las primeras cosas que necesita el *tatur* es alquilar una casa bien situada y convenientemente decorada: las inmediaciones de la Puerta del Sol son las más á propósito y en alguna de sus calles adyacentes sitúa el *patibulo*, horrible palabra conque designan la mesa de juego destinada á sacrificar á los primos.

Alquilada la casa, hace falta uno ó dos *bravos* para hacer callar á los que pudieran estar *cabreados*, es decir, á los que conozcan que los están robando.

A mas de los *bravos* necesitan una comparsa, es decir, doce ó catorce *tronados de las partidas* (asi llaman á los que por holgazaneria asisten á las casas de juego á procurarse el sustento) con los que simulan la reunion de jugadores.

Fundada de este modo la sociedad, y con el número suficiente de *ganchos* paseando la Puerta del Sol, solo espera el *matador*, es decir, el *tatur* oír al portero tocar un cascabel para empezar la farsa horrible de desplumar á un incauto.

Pero mas gráficamente puede pintar esta escena la copia de unos apuntes que me dió un desgraciado, lleno de talento y de miseria, que á vueltas de su mala fortuna, tuvo la de caer en uno de estos antros de corrupcion y donde continuó hasta que el hambre dió fin á su desgracia: dicen asi.

«En la calle de... número... cuarto... estaba situada la *chirlata* (es decir, la *encerrona*) á las once de la mañana, nos reunimos y allí estábamos vejando hasta las cinco de la tarde que nos soltaban para que comiera el que tenia qué, y á donde volvíamos antes de encenderse las luces de la Puerta del Sol.

Si fuera á referir todas las escenas que presencié, todas las miserias que vi, todos los robos, en una palabra que autorice, necesitaría muchísimo tiempo y no tengo mas que el preciso para hacer estos apuntes, de todos modos y valga lo que valiere allá van algunas escenas que recuerdo y de las que doy fé como testigo presencial.

Hacia cuatro dias que asistia yo á las horas indicadas á la casa ya citada, y cuando estaba pensando de qué medios valerme para dar á mi estómago alguna comida á cuenta de las que le era en deber, fui interrumpido por la aparicion inesperada para mí de *** (asi se llamaba uno de nuestros *ganchos*), del cual entré acompañado de un viejo casi caduco que miró al oro y billetes que sobre la mesa estaban con alguna avaricia.

Tomó asiento á mi lado aquel anciano y pude verle sacar del bolsillo de su chaleco un papel cuidadosamente envuelto y desliarle, apareciendo á mis ojos ocho monedas de cuatro duros.

Tomó uno de los doblones, y lentamente le arrimó á una de las cartas que tenia delante.

Yo miré al banquero que siguió su juego sin apercibirse al parecer de nada y á los pocos momentos, la moneda del viejo pasó á engrosar el fondo del banquero.

En fin, ¿á qué seguir? los treinta y dos duros entraron en el fondo general, y entonces el viejo se levantó con la misma lentitud con que se habia sentado y tomó la direccion de la calle.

No habia empezado á bajar la escalera, cuando dijo el banquero:

—A contar.

Y efectivamente conté el dinero, resultando dos onzas de ganancias, las que se pusieron aparte hasta la llegada de *** que no tardó en aparecer.

—A repartir, dijo el banquero, y tomó treinta y dos duros en moneda suelta para facilitar la operacion.

—De policia, dijo el banquero, dos duros, y los apartó, tercera del *gancho*, diez duros, quedan veinte, tercera mia, seis duros y catorce reales: á ver *puntos*.

Y como el que cuenta un ganado contó las cabezas de los que estábamos allí.

—A tí, á tí, dijo á cada uno de nosotros, echándonos un duro por barba, quedan estas pesetas, toma tú una, tú dos, tú nada, y asi siguió dándonos á cual más, cuál menos, ó segun los grados de simpatia, una ó dos pesetas, ó nada, como me sucedió á mí.

Cuando yo acaricié aquel duro en mi bolsillo, no veia la hora de salir á gastarle y hasta parecia que mi estómago me pedia con más insistencia le alimentara.

No quiero pasar la plaza de bueno, pero interiormente me dije que si hubiera comido, repartiria aquel dinero entre los pobres, pero como para mí el más pobre era yo, decidí empezar por socorrerme á mí mismo y creo que obré como debia.

Varios dias pasaron y todos á la misma hora acudia el buen viejo á dejar su contingente por lo que yo veia mi vida asegurada.

Una noche, estábamos decididos á levantar el campo, cuando entró un *gancho* acompañado de un descono-